

## LA AMNESIA PALUDICA

por H. de Brun, Profesor de la Facultad de Medicina de Beirut, miembro asociado de la Academia de Medicina, médico del Hospital Militar de Rueil.

Traducido y extractado por el doctor CARLOS AGUIRRE PLATA (de Honda).

Aunque es de una gran frecuencia, parece que la amnesia palúdica no ha llamado bastante la atención. La mayoría de los autores guardan silencio completo. Y sin embargo constituye uno de los síntomas más característicos de la psicosis polineurítica palúdica, tanto en el curso de las fiebres de primera infección como en el curso del paludismo secundario. Las perturbaciones de la memoria son a veces la única manifestación nerviosa observada en el enfermo, muchas ocasiones acompañadas de otros fenómenos nerviosos, tales como cefalalgia, vértigos, calambres, hormigueos, temblores, etc.

No se puede decir que esta amnesia se manifieste siempre con claridad a la observación. Llámese sobre este punto la atención de los enfermos tan pronto como las perturbaciones que han quedado latentes se aclaren y precisen, y entonces se verá que las informaciones afluyen, los pormenores abundan típicos y bien descritos y se puede dar cuenta en una sala de palúdicos, en una visita, de la frecuencia y de la importancia de las alteraciones de la memoria. Puedo decir que casi la tercera parte de los

enfermos de mi servicio en el Hospital de Rueil presenta ligeras o graves perturbaciones amnésicas.

Estas perturbaciones deben ser estudiadas sistemáticamente: primero en el período de la fiebre de *primera infección*, en que constituyen la *amnesia lagunaria*; segundo, en los *períodos consecutivos*, en que se observan en diferentes grados las características de la *amnesia retrógrada*, y la *amnesia anterógrada*.

1<sup>a</sup> *Lagunas amnésicas palúdicas*. Un enfermo durante su permanencia en Macedonia es atacado por una fiebre viva cuya duración varía de dos a quince días (fiebre palúdica de primera infección), acompañada de un conjunto de fenómenos gastrobiliosos y de síntomas nerviosos. Una vez pasada la fiebre, el individuo ha perdido todo recuerdo de los acontecimientos, puede tener algunas impresiones que hayan tenido lugar durante los pocos días de su enfermedad. Ignorará todo: su paso al hospital, su entrada en la sala, las inyecciones a veces dolorosas que se le hagan, y que no ignorará ya en el momento en que ha desaparecido su fiebre; las funciones cerebrales parecen reconquistar su integridad. Probablemente puede haber para siempre una ausencia de sus recuerdos. Así es, en toda su simplicidad, la ausencia amnésica palúdica.

Esta amnesia no es la consecuencia necesaria de trastornos cerebrales ruidosos y graves, no implica necesariamente la coexistencia del delirio. Se pueden admitir efectivamente, desde el punto de vista de la elaboración de la amnesia lagunaria palúdica, dos categorías de enfermos.

A la primera pertenecen los individuos que han presentado fenómenos cerebrales serios. En ellos parece la laguna amnésica revelar una confusión mental. A este respecto son los antecedentes de ciertos enfermos de tal manera claros, son los datos que nos suministran de tal manera característicos, que es imposible no tenerlos presentes. Testigo de esto es aquel palúdico en mi servicio, quien en el curso de su fiebre de primer infección se huyó el 8 de julio de 1916 del Hospital de Karassouli, donde acababa de ser admitido y vagaba, en plena inconsciencia, en la vía de Salónica hasta que una patrulla inglesa lo recoge y lo conduce al Hospital de Zeitenlik, donde recobra la consciencia el 14 de julio, muy admirado de encontrarse en «un pabellón reservado a los locos.» Inútil es decir que el enfermo no recuerda ninguna de las informaciones que da relativas a su acceso, y que no expone sino lo que sus camaradas y su médico le han dicho ulteriormente.

¿No sufren igualmente de confusión mental todos estos enfermos que en un «acceso de fiebre alta» se entregan inconscientemente a actos extravagantes y a veces se tiran por una ventana?

Los individuos de la segunda categoría plantean un problema cuya solución es más delicada. Aquí parece el enfermo haber conservado durante todo el período febril consciencia absoluta de sus actos. Podrá responder con propiedad y precisión a las preguntas que se la hacen durante la fiebre; se levantará para satisfacer sus necesidades, y volverá a acostarse sin equivo-

carse en su lecho; se vestirá y arreglará; a veces hasta leerá periódicos o escribirá cartas. ¿Quiere esto decir que a despecho de esta apariencia el funcionamiento cerebral es absolutamente normal, y que la emnesia lagunaria que existe en él tan completa como en los otros enfermos de la categoría precedente, debe ser considerada como un síntoma en manera alguna primitivo, dependiendo directamente y sin el intermediario de la infección palúdica? Apenas podríamos creerlo. Una laguna tan clara, tan completa, tan definitiva, parece más bien revelar un trastorno serio de la atención voluntaria que provoca, elabora y domina el trastorno de la memoria. Nuestros colegas del Ejército de Oriente, cuyos bellos trabajos sobre el paludismo son tan justamente apreciados, y que están en mejores condiciones que nosotros para resolver el problema, nos traerán seguramente la solución.

Examinemos ahora lo relativo a la interpretación patogénica de la laguna, las diferentes modalidades clínicas.

Pimeramente existe la amnesia lagunaria solamente en un número relativamente restringido de enfermos, y muchos palúdicos en los cuales hemos observado trastornos ulteriores, a veces serios, de la memoria, afirman acordarse muy exactamente de todos los pormenores relativos a su fiebre de primera infección. Las precisiones que suministran a este respecto no permiten dudar de la exactitud de su afirmación.

Por otra parte pueden ciertos enfermos tener varias lagunas, produciéndose cada una de ellas con ocasión de accesos más violentos y so-

bre todo más prolongados que los anteriores. Estas lagunas múltiples duran en lo general lo que dura el acceso de fiebre que las ha provocado.

La ausencia inicial no es siempre del mismo carácter. Si en el mayor número de casos pasa con la fiebre, en otras ocasiones persiste a veces durante un tiempo más o menos largo; hasta puede prolongarse durante semanas en individuos cuya fiebre de primera infección no ha durado sino algunos días. Es así como uno de nuestros enfermos cuya amnesia lagunaria ha principiado con su primer acceso a fines de junio 1916, no se acuerda de su salida de Salónica, que tuvo lugar el 10 de julio, ni de su permanencia en diversos hospitales de Salónica, ni de su embarque, ni de la travesía del Mediterráneo, ni de su desembarco en Tolón. Todo este largo período de ocho semanas es para él una noche completa, absoluta. La amnesia se prolonga todavía durante los primeros días de su permanencia en Francia, y solamente bastante después de su llegada al Hospital de Sait-Mandrier vuelve el recuerdo—muy vago— poco a poco y desaparece la laguna. Otro enfermo, cuya observación semeja singularmente a la precedente, ha perdido igualmente el recuerdo de su hospitalización en Salónica y de la travesía; solamente en el hospital de Bandol recobró una apariencia de memoria. Un tercero recobra la consciencia en el Hospital de Bastia, creyendo que está todavía en el frente. Podría citar varios casos análogos. Basta decir que la «amnesia lagunaria tiene una duración muy variable» que oscila entre algunas horas y algunas semanas.

En los casos de corta duración es absoluta y total. El enfermo ha perdido sin excepción todo recuerdo del período de vida que ella representa. Cuando se prolonga durante varias semanas es posible que uno o dos hechos, muy indecisos por otra parte, aparecen vagamente y se fijan como un recuerdo onírico en la memoria del individuo. Son muchas veces detalles insignificantes. Un enfermo se acuerda, como en un sueño, que estando cerca de la caldera a bordo del buque que probablemente lo llevaba a Francia, y sufriendo de calor, fue transportado cerca de una puerta de una batería. Otro cree recordar haber visto un médico en traje de hospital, quien le aplicaba una inyección.

Es bastante difícil obtener datos relativos al principio de la laguna. Sin embargo, ciertos casos parecen indicar que la amnesia no es siempre completa desde el principio del acceso. Otro de nuestros enfermos se acuerda muy bien de sus calofríos y del momento en que ha debido acostarse; recuerda, y es éste su último recuerdo, que estando colocado cerca del vino en el automóvil que iba a transportarlo a Salónica en el momento de salir de la ciudad, un sargento de caballería que vigilaba su instalación le recomendaba «no beber todo.»

En cuanto a la «terminación,» es muy variable. Tan pronto, principalmente en los accesos de corta duración, acaba la laguna de manera brusca para dar lugar por lo menos en la apariencia al regreso normal de la memoria, ya al contrario, particularmente en las formas prolongadas, se observa un *período de transición* ca-

racterizado por un recuerdo poco preciso, muy vago, de ciertos hechos que alternan con períodos más o menos largos de amnesia, casi completa. Este período de transición ha durado varios meses en uno de los enfermos antes mencionados. En él son los recuerdos del hospital de Bandol, donde se terminó su laguna, vagos, interrumpidos por nuevas y serias amnesias lagunares, a veces con confusión mental. Recuerda vagamente haber tenido accesos que principiaban a mediodía y terminaban a las cuatro, y, por otra parte, en dos ocasiones se le encontró en camisa paseándose inconscientemente en los corredores. Habiendo recibido una licencia para convalecer el 31 de octubre de 1916 (el principio de la laguna principiaba en los primeros días de julio), vino a París y creyó haber tenido accesos, porque cree recordar haber sido transportado en automóvil al Hospital Pasteur el 1º de diciembre. Se queda allá hasta fines de marzo de 1917, no habiendo guardado de este largo período intermediario sino un recuerdo muy vago.

Veamos ahora qué será de la memoria del palúdico una vez terminada la amnesia lagunaria. Frecuentemente queda alterada, y sus trastornos pueden referirse o extenderse a hechos *anteriores* a la laguna (*amnesia retrógrada*) o a hechos *posteriores* a la laguna (*amnesia anterógrada*). Agregamos que trastornos correspondientes a estas dos modalidades pueden igualmente observarse en muchos palúdicos que no han presentado *amnesia lagunaria*.

2ª *Amnesia retrógrada*—Esta amnesia no se refiere solamente a hechos relativamente recientes, tales como aquellos relativos a la guerra y al servicio militar, sino también a hechos antiguos, y la perturbación se extiende muchas veces hasta a años de la infancia.

En lo que concierne a los recuerdos de la guerra, la mayor parte de los enfermos han olvidado el nombre de sus camaradas, de sus grados, de sus Oficiales, de su General. Algunos pueden evocar por el pensamiento la figura de un Jefe, de uno o de varios camaradas con quienes a veces corresponde la descripción; les es imposible recordar su nombre. Uno de ellos es incapaz de llamar por su nombre a ninguno de los camaradas cuyas fotografías nos ha mostrado. Muchos no recuerdan siquiera la fecha de su incorporación ni las formaciones a las cuales pertenecían. Este, enviado «al Sur» para la formación de una sección de autocamiones, recuerda que era «en invierno,» pero no puede ni precisar el mes de su salida ni indicar la ciudad a la cual fue enviado y dónde estuvo durante bastante tiempo de guarnición; aquel ha perdido el recuerdo de su vida en el depósito en el momento de su clasificación; un tercero ignora toda su vida militar antes de su salida para Oriente; un cuarto recuerda vagamente que su hermano ha sido herido y trepanado, pero no sabe ni cuándo ni dónde ha sido herido.

Los recuerdos de la vida civil no son menos vagos. Los enfermos no recuerdan ni el nombre de su institutor, de sus profesores, ni el de sus amigos de infancia, de su mujer, la fecha de la



muerte de su padre o de su madre, la fecha de su casamiento, el nacimiento de su hijo, a veces ni la fecha de su propio nacimiento y la clase a que pertenecen. No recuerdan el nombre de pila de sus parientes más cercanos, ni a veces el nombre de la familia de su mujer. Este confunde los nombres de pila de sus sobrinos con los de sus hijos; este otro, quien tiene varios hermanos y hermanas, no puede jamás indicar sus nombres. Varios no tienen sino memorias vagas de su vida civil; aquél no sabe exactamente ni dónde, ni cómo han pasado los años de su infancia; este otro no sabe el nombre de las calles de Marsella que ha habitado por mucho tiempo; un tercero sabe bien que tiene un hijo, pero no tiene ningún recuerdo de haber asistido al parto de su mujer y no sabe ni cuándo ni dónde ha nacido su hijo; finalmente, el negociante que ha olvidado completamente el nombre de sus proveedores y el de sus clientes, no se atreve entrar a su almacén por temor de cometer un inexcusable error de personas.

Se comprende que pueden quedar algunas «naciones escolares» en semejantes enfermos. Sea su instrucción la que fuere, la «historia» se reduce a algunos vagos e inciertos rudimentos. Un enfermo muy instruido no sabe en qué siglo vivía Luis XIV; ignora casi todo lo de Napoleón. Bruscamente recuerda una fecha, la del nacimiento de Francisco I, pero no sabe verdaderamente que era de Voltaire, Lutero, Lavoisier de quienes él «ha oído hablar.» Otro es incapaz de citar los nombres de algunos de los Presidentes de la República, y un institutor

que había ganado con éxito su nombramiento elemental en 1915, no sabe una sola palabra de historia, ignora quiénes eran Luis xv, Luis xvi y Napoleón III, y hace vivir a Francisco I en 1200. No es más feliz en geografía: coloca a Burdeos sobre el Sena, a Tulle en el Cantal y a Montbrison sobre los Alpes.

No debe admirar que las reglas elementales de la gramática se hayan olvidado o sean inaplicadas y que la ortografía presente fantásticas incorrecciones.

Ciertos enfermos han olvidado una «lengua viva» que hablaban corrientemente. Un negociante que escribía en inglés y en alemán, ignora hoy completamente estas dos lenguas; un ingeniero que ha trabajado durante varios años en Francfort no habla una sola palabra de alemán.

La música no es más favorecida. Un melómano, muy buen ejecutante, es incapaz de recordar en el auditorio una pieza clásica o un aire conocido, y no puede casi leer una pieza de música; otro, uno de estos músicos eclécticos que tocan casi indiferentemente la mayor parte de los instrumentos que componen una banda de música, ha manifestado por primera vez la turbación de la memoria al tocar el tambor; no pudo acabar la pieza no sabiendo dónde estaba mientras que contaba el compás. No es capaz de tocar su parte en una pieza de varios ejecutantes, aunque elija sus instrumentos de predilección. Un institutor, buen músico, ha olvidado las nociones del solfeo.

Hay hasta déficit en matemáticas. Varios ingenieros que están actualmente en nuestras salas

declaran no saber el álgebra ni la aritmética; un contraamaestre mecánico no sabe hacer una sustracción; un negociante no sabe calcular, y es incapaz de llevar su contabilidad ni aun de revisarla; otro ha tenido que hacer una docena de operaciones para obtener el producto de una multiplicación cuyo multiplicador apenas tenía dos cifras; un recaudador de tranvía es incapaz de dar las vueltas de moneda, de hacer el cobro y de anotar su servicio diario; un conductor de trabajos no recuerda ninguna de las fórmulas que necesita a cada momento, y constantemente está obligado a recorrer un plano sobre el terreno, olvidando al instante mismo el informe que allá acaba de recibir; ha tenido que renunciar a su profesión.

No son menos en ciencias físicas las lagunas. Anotamos en la química la pérdida de las fórmulas más elementales (amoníaco, ácido clorhídrico, etc.), en la física el olvido de las leyes más indispensables. Un contraamaestre electricista confunde a Watt, Ampere, Ohm, y se embrolla en la aplicación de las leyes más usuales de la electricidad. Se comprenden los trastornos que pueden resultar de semejantes lagunas en el ejercicio de una profesión, turbaciones que agravan todavía el olvido de «procedimientos de fabricación» y de las «nociones profesionales» más elementales. Un químico que salía de la Escuela Central de Lyon no recuerda de nada concerniente a la preparación de las materias colorantes en que ha trabajado desde su salida de la Escuela; no distingue el violado, y no puede llamar por sus nombres los diferentes

rojos y los diferentes rosados; un ingeniero electricista es incapaz de instalar un cuadro de distribución; otro, teniendo que instalar un teléfono, no supo distinguir el hilo de la campana del alambre del micrófono; el día siguiente no pudo establecer un «va y viene» porque se embrollaba igualmente en los hilos y provocaba cortos circuitos.

Los obreros y contra maestres, olvidando los «términos y procedimientos del oficio,» están en la imposibilidad de trabajar. Un ajustador mecánico no recuerda los nombres de sus útiles; cuando los necesita está obligado a describir su forma o a indicar su objeto o su forma. Tiene que ocurrir a cada instante a las informaciones y a los consejos de sus camaradas. Para dividir recientemente un arco en 7, cosa corriente en su profesión, ha tenido que servirse de un manual y no lo ha logrado. Se encuentra cada momento detenido por una dificultad inesperada, consecuencia de su pérdida de memoria, no obstante que en su fábrica ha sido empleado en obras solamente manuales. Un carpintero no sabe cómo se hace una ventana; un yesero no recuerda ciertas manipulaciones de su oficio; un contra maestro tejedor ha olvidado los términos técnicos de su profesión, hasta tal punto que no entiende qué quieren decir sus obreros cuando los emplean.

Lo que contribuye todavía a agravar la situación es la intervención en nuestros enfermos, de fenómenos amnésicos actuales bien distintos de los precedentes, que se observan a cada instante, en los menores actos de su vida, mezcla-

dos de alguna manera al hilo íntimo de su existencia y que dependen de la amnesia anterógrada.

3ª *Amnesia anterógrada*—La amnesia retrógrada trata sobre los hechos *anteriores* a la laguna y revelaba una turbación de evocación. La amnesia *anterógrada* trata sobre los hechos *posteriores* a la laguna y sobre todo sobre hechos actuales y resultado de una dificultad de fijación, consecuencia de un debilitamiento de la atención.

Muchos enfermos señalan con insistencia este defecto de atención; algunos se quejan de una cefalalgia rápidamente progresiva, algunas veces de vértigo y aun de trastornos de la vista; al menor esfuerzo se vence su aprosexia. Muy distraídos, no observan nada de lo que pasa a su alrededor; pasan por una calle sin advertirse de ello, e ignoran que la han pasado; siguen mal la idea de una lectura, y no siempre la comprenden; no leen o se complacen en lecturas fáciles, casi infantiles. Los folletines son de su preferencia; muchas veces se olvidan al día siguiente o un cuarto de hora después del nombre del folletín. Uno de nuestros enfermos ha regañado a su mujer por no haberle comunicado una carta de su familia que ella le había leído la víspera. Algunos experimentan una verdadera dificultad en la lectura, saltan palabras y líneas al leer. Sostienen difícilmente una conversación un poco prolongada, siguen mal el pensamiento de su interlocutor, demoran la respuesta, teniendo que excusar ésta. A un an-

tiguo alumno de la Escuela Central, a quien hubo que hacerle un examen un poco detallado de sus facultades intelectuales en nuestro servicio, no pudo contar más que hasta diez, y se confundió para contar once y doce.

Cuando escriben se equivocan frecuentemente en la dirección, repiten varias veces y olvidan a quién ha de dirigirse la carta que acaban de escribir; a veces escriben una misma carta a una misma persona dos veces en un mismo día. Escriben difícilmente dictándoles, repitiendo u omitiendo sílabas o palabras; copian mal y con trabajo. Uno de nuestros enfermos, en una prueba «de letras cerradas» (que consiste en hacer cerrar rápidamente una letra determinada todas las veces que aparezca en un libro), ha omitido cerrar la letra cinco veces en diez y nueve pruebas.

Olvidan lo que han comido la víspera o el día mismo, y a veces se preguntan si se han desayunado.

Frecuentemente, una vez afuera, olvidan el motivo o el objeto que les hizo salir. Regresan sin haber cumplido la comisión que se les confió.

Desconfiando de su memoria se les ve también apuntar todo lo que tienen que hacer (*signo de apuntes*). No recuerdan de las citas que han aceptado, y particularmente olvidan frecuentemente las invitaciones a almuerzos o comidas.

Muchos no recuerdan las estaciones del viaje, tienen equivocaciones en los cambios de dirección, y están obligados a solicitar varias veces la

ayuda del empleado para no equivocarse en su marcha.

Un enfermo no recuerda haber asistido la víspera a un paseo en compañía. Otro, después de haber hecho laboriosamente en Macedonia un abrigo, es expulsado por sus camaradas, que se instalaron en él después de haberle convencido de que él sólo era el único que se había negado a trabajar en la construcción.

Esta amnesia de fijación puede tener consecuencias enojosas. Uno de nuestros sujetos ha sido varias veces castigado por faltas en el servicio, de las cuales ciertamente no era responsable; otro, por no haber cumplido una misión que se le confió en Macedonia; le había sido imposible encontrar la pista fácil que había seguido la víspera.

Consciente de su enfermedad escribía un tercero el santo y seña cada vez que era designado como centinela. No menos convencido de la amnesia de uno de sus hombres exigía al Cabo de caballería su firma para justificar toda orden que él le daba. Se comprenden los resultados desastrosos que pueden tener semejantes trastornos de la memoria en un Oficial superior.

¿Qué resultados puede obtener una terapéutica racional (tratamiento por los procedimientos habituales del paludismo, tratamiento de la amnesia por la reducción de la atención y de la memoria? Es difícil decirlo, porque los enfermos no pueden permanecer en el Hospital de Rueil sino un tiempo demasiado corto para que un estudio de este asunto pudiera ser provechoso.

---

Además no hemos tenido hoy por hoy otro objeto que el de trazar las principales modalidades clínicas de la amnesia palúdica (1), que es ciertamente una de las manifestaciones más sorprendentes del paludismo.

---

(1) Teniendo la amnesia palúdica grandes analogías con la amnesia traumática (véase R. Oppenheim, *Progreso Médica*, 9 y 16 de junio de 1917), hemos separado sistemáticamente todas las observaciones de palúdicos que habían sido heridos antes o después del principio de su paludismo.